

**El marxismo de los tartamudos**  
**Battaglia Comunista, nº8, abril de 1952**  
**de: Amadeo Bordiga**

El proceso de descontaminación al que dedicamos el 90% de nuestra honesta labor continuará mucho tiempo después de nosotros y sólo se realizará en un futuro lejano. Esta limpieza combate esta epidemia -siempre y en todo lado peligrosa- fruto de aquellos que en todo sitio y en todo momento tratan de innovar, actualizar, renovar y revisar.

Sería inútil e incluso perjudicial especificar o identificar al culpable de esta catástrofe -encontrar un lanzabombas bacteriológico-, más bien la cuestión pasa por identificar al mismo virus y aplicar el antibiótico que repetidamente afirmamos que existe en la continuidad de la línea política y en la fidelidad a los propios principios, prefiriéndose 999 veces entre mil las cavilaciones catequísticas antes que a la aventura del nuevo descubrimiento científico, que nos exige alas de águila, pero hacia el que muy a menudo los vulgares mosquitos se sienten atraídos por el destino.

Por lo dicho, entonces, no resulta extraño ver cómo perturba a estas criaturas aladas y temblorosas criaturas cuando sin rodeos al bajar a la tierra les recordamos la modesta altura que nos es dado alcanzar, a nosotros, a quienes está prohibido todo tipo de heroísmo y romanticismo; nosotros, que nos atenemos más a la ironía que al lirismo, nos sentimos obligados a recordar a los demasiados impetuosos: no jueguen a ser Faetón<sup>1</sup>. Sería bueno probar con el ábaco a los que padecen la histeria de hacer cálculos puristas, para saber si son capaces de sumar con la punta de los dedos o no.

Pobre de aquellos que se creen con potestad para expresar teoría revolucionaria y que pretendan ser -como se dice hoy en día- portavoces del movimiento obrero, aun sin haber digerido y asimilado el giro crucial que ha padecido nuestra doctrina al abandonar sus posiciones originarias.

Lástima por todos ellos, pero especialmente por aquellos grupos que quieren colocarse en la extrema izquierda del movimiento y personificar la lucha contra la degeneración política. Ha sido extremadamente fácil para los oportunistas y los colaboracionistas poder difamar a la “izquierda” acusándola de ser presa de ilusiones, sectarismo, formalismo radical e incomprensión de la dialéctica inherente al marxismo.

---

<sup>1</sup> Personaje de la mitología grecorromana, hijo del dios Helios (que representaba al sol) y la ninfa Clímene. Por su falta de autocontrol, tomó las riendas del carruaje de su padre (el sol) y, debido a su intemperancia, enfrió la Tierra para luego posteriormente hacer arder el actual continente africano.

La réplica y la defensa de la izquierda comunista internacional ha consistido y sigue consistiendo en demostrar que el absoluto rechazo a las concesiones, compromisos y maniobras puntuales no proviene de una caída en una suerte de misticismo o metafísica, similar a como un niño chico, al igual que las antiguas creencias religiosas, habría de entender el mundo abriendo las puertas con las que se encuentra mediante una llave mágica compuesta por una sola antítesis entre dos principios opuestos: el bien y el mal.

El “bien” para nosotros sería igual al proletariado, y el “mal” al capitalismo: en todo momento y en todo lugar, sin necesidad de más puntos de referencia, es este mismo capitalismo un mal absoluto, siempre uno, siempre el mismo. Todo lo demás, ¡un cuento de hadas! Hemos luchado durante mucho tiempo para demostrar que no razonamos así, y que comprendemos claramente “la dialéctica de la historia viva”, desenmascarando la falsedad del oportunismo posleninista y trazando con suficiente exactitud su recorrido: desde la ortodoxia hasta la total resignación en un periodo de más de 30 años.

Ciertamente no nos desanimamos cuando nos recuerdan que con el inicio de cada etapa histórica cambian los términos de la antítesis. Pues si bien para los creyentes de toda clase de misticismo el “bien” sólo puede engendrar el “bien” y el “mal” sólo puede proceder del “mal” para evitar el derrumbamiento de los valores eternos grabados a la luz del Espíritu, siguiendo nuestra doctrina revolucionaria, el comunismo es hijo del capitalismo y sólo pudo haber surgido de él, luego a pesar de ello debe combatirlo y derrocarlo. Además, la sincronización histórica de los puntos de inflexión y de las inversiones de nuestras propias posiciones se producen en virtud de las condiciones y las relaciones materiales, nunca gracias a la voluntad petulantemente vigilante de pequeños hombres o *grupitos*, autoconvencidos a través de su insignificante convicción de ser el único instrumento para reconducir el camino.

### Ayer

La difusión del Manifiesto Comunista fue lenta en Italia. En el prefacio a la edición italiana del 1 de febrero de 1893, Federico Engels era claramente consciente de la “opinión general” según la cual Italia terminaba siendo un país con un proletariado que estaba “atrasado”. Una visión tan general y duradera, que no menos de medio siglo después, afirmaba que el segundo *Risorgimento*<sup>2</sup>, el segundo 1848, aún estaría por hacer. Engels se remonta en ese momento a

---

<sup>2</sup> Traducido al italiano significa “renacimiento”, hace referencia al movimiento nacionalista italiano decimonónico que buscaba unificar y constituir los territorios históricamente italianos.

1848 para hacer recordar nuevamente que esa revolución contemporánea al mismo Manifiesto no fue socialista, pero preparó el terreno en Europa para la Revolución Socialista.

Hemos vuelto a este texto para redescubrir en él dos verdades importantes, verdades que están al nivel de dos y dos son cuatro, pero que es evidentemente necesario “resucitar”, a sabes: “el Manifiesto da pleno crédito al papel revolucionario jugado por el capitalismo en el pasado. -La primera nación capitalista fue Italia”. Analicémoslo bien. El final de la Edad Media feudal y el comienzo de la era capitalista moderna lo fija Engels -no con Walter Audisio, verdugo de Mussolini- sino con Dante.

Muchas veces hemos dicho que el Manifiesto es una apología de la burguesía, y añadimos hoy tras la Segunda Guerra Mundial y la sublimación política de la Revolución Rusa debería escribirse un segundo Manifiesto, pero no en términos de filosofía de valores; pues estos valores derivan de la ideología burguesa el economicismo implacable y el espíritu de tendero propio de clase y de la época. Necesitamos reincidir en el acusado, para concluir que es hora de condenarlo a muerte.

Para probar esto debemos extraer evidencia del Manifiesto en su conjunto. Nos limitaremos, sin embargo, a memorizar diez palabras: “la burguesía ha jugado un papel eminentemente revolucionario en la historia”.

Tomemos ahora un pasaje anterior. La razón principal por la que las relaciones de producción preburguesas eran, en cierto sentido, estáticas respecto de las exigencias de la clase dominante, mientras que las relaciones burguesas son brutalmente dinámicas, radica en la ruptura de los estrechos círculos de satisfacción de necesidades de las islas autárquicas. de producción/consumo. Aquí está la tesis, repetida, pero siempre nueva: "En lugar de las viejas necesidades satisfechas por la producción local (¡deletréelo! L-O-C-A-L), aparecen otras nuevas que exigen para su satisfacción, los productos de países y regiones distantes".

El Capital de Karl Marx (quien se horrorice con el olor a descomposición y momificación está invitado a buscar nuevos textos aún más elevados) contiene una sección, la cuarta del primer capítulo, que en diez páginas resume la obra entera y su tema de toda la producción escrita y no escrita del mismo Marx. La sección se titula “El fetichismo de las mercancías y su secreto”, sección que un trabajador analfabeto puede comprenderlo fácilmente, pero para el intelectual que intenta dominarlo ni 50 años de escuela primaria difícilmente pueden serle suficientes.

Recomendamos que se incluya en la agenda de una reunión del partido, para cualquiera que desee darle un fundamento "verdaderamente político", la lectura y aplicación, mientras se mira por la ventana, por supuesto, del capítulo 1, sección 4.

Marx se encontró cara a cara con una tesis ya establecida por la economía política clásica. Así nombró a la escuela que buscaba abiertamente explicar la naturaleza de la producción capitalista naissant sin encubrir nada, "en oposición a la economía vulgar que se contenta con las apariencias (...) y se limita de manera verdaderamente pedante a erigir un sistema y proclamando como verdades eternas las ilusiones más banales y estúpidas, con las que los agentes de la producción burguesa gustan de poblar su universo, el mejor de los mundos posibles". Una escuela vulgar aún viva y coleando a la que podemos inscribir a los grandes economistas de la talla de Sombart y Keynes. Por eso Marx aceptó una tesis, un descubrimiento de la economía clásica: "el valor de cambio de una mercancía está dado por el tiempo de trabajo necesario para su producción".

La ciencia proletaria acepta esta tesis, por un lado, mientras que, por el otro, demuestra que siempre y cuando esta verdad lleve implícita la convicción de que en tanto en cuanto exista este mundo concreto, donde los objetos utilizados por las personas para satisfacer sus necesidades tendrán el carácter de mercancías, esta "verdad científica" se reduce al nivel de la afirmación arbitraria, mística, al nivel del fetiche, es decir, al nivel de una falsedad engañosa, en nada diferente de las contenidas en las ideologías y creencias de los tiempos preburgueses que la ciencia burguesa se burló (no es que ya se burlen tanto, pero este fenómeno era de esperar).

Sigamos algunos de los sugerentes pasos de Marx, después de haber anticipado a nuestra vez, con una finalidad didáctica, lo que pretendía. Los objetos de consumo no han sido siempre mercancías —hoy se sujetan a un precio y a un valor de cambio derivados del tiempo de trabajo cristalizado en ellas— pero no existirán siempre como mercancías. Una vez hecho el análisis completo del modo de producción industrial capitalista, se puede deducir no sólo que no es necesario que todos los objetos que satisfacen las necesidades de nuestra existencia sean mercancías y se intercambien a su precio y valor, sino que por el contrario, en un momento determinado, ya no lo serán más.

Desde la escuela primaria, sabemos lo que esta afirmación significa "políticamente" (¿de acuerdo?). Significa: el modo de producción capitalista no es eterno y se derrumbará con la victoria de la clase obrera. Habrá desaparecido tan pronto como no existan más los valores de cambio y las mercancías; es decir, cuando ya no haya intercambio mercantil de los objetos de consumo, ni dinero.

Esto implica un hecho adicional: no puede existir en el futuro una economía que todavía sea mercantil pero que ya no sea capitalista. Antes del capitalismo hubo economías parcialmente mercantiles, pero el capitalismo es el último de este género.

Como obstinados adversarios de la novedad, mostramos a los que saben leer bien que esto estaba escrito: supongamos que tengo una vela a mi disposición y necesito luz. Lo aprovecho encendiéndola y en pocas horas la habré consumido. Casi nada extraño allí, en la vela o en la luz, por lo que "el carácter místico de la mercancía no se deriva de su valor de uso" (la propiedad que tiene la vela de dar luz). Tampoco se deriva de las características que determinan el valor (tantos gramos de estearina)".

¿De dónde deriva entonces, se pregunta Marx, la cualidad enigmática que asume el objeto de consumo al tomar la forma de mercancía? Evidentemente de esta misma forma. ¡No tomes por banal lo que es profundo!

La forma del valor, es decir, la relación que se establece entre la vela y los cincuenta francos que pagamos por ella, no es una relación entre cosas: entre la estearina y los mugrientos papeles republicanos. Pero oculta una relación social entre los hombres que participan en la producción. La relación monetaria mercantil parece ser un simple medio de intercambiar la vela que enciendo por, digamos, los fósforos que produzco; parece ser una relación entre productos: en realidad es una relación entre productores, una relación social, mejor aún una relación entre clases sociales. Es aquí donde Marx desvela el misterio del "fetichismo" de la mercancía.

“Una mercancía es, por lo tanto, una cosa misteriosa, simplemente porque en ella el carácter social del trabajo de los hombres se les aparece como un carácter objetivo estampado en el producto de ese trabajo; porque la relación de los productores con la suma total de su propio trabajo se presenta a ellos como una relación social, existente no entre ellos [los hombres], sino entre los productos de su trabajo, por eso los productos del trabajo se convierten en mercancías, cosas sociales cuyas cualidades son al mismo tiempo perceptibles e imperceptibles por los sentidos”.

Marx quería explicar mejor este "viaje" en el que la vela inocente —a diferencia de los palos secos arrancados del árbol y frotados por el hombre primitivo en su guarida— se convierte, al asumir un valor de cambio, en la expresión de la relación de explotación que el dueño de la fábrica fuerza a sus trabajadores en la fábrica de velas.

[Marx] Hizo una comparación con la estimulación de la retina. cuando se nos aparece un objeto existente exterior al ojo que lo ve. Pero la luz irradiada por el objeto y la estimulación del ojo son realidades físicas, mientras que la forma de valor no es nada físico en absoluto, no está contenida ni en la estearina ni en la luz o estimulación del nervio óptico. Esta última es una determinada relación social entre los hombres, que asume a sus ojos la forma fantástica

de una relación entre cosas, "para encontrar una analogía, por lo tanto, debemos recurrir a la región envuelta en niebla del mundo religioso".

Como en el más oscuro misticismo, "las producciones del cerebro humano aparecen como seres independientes" y lo mismo sucede con los productos "en el mundo de las mercancías con los productos de las manos de los hombres. A esto lo llamo el fetichismo que se adhiere a los productos del trabajo, en cuanto son producidos como mercancías, y que por lo tanto es inseparable de la producción de mercancías".

Marx, que no es un hombre de letras sino un luchador, ve al enemigo de clase frente a él en cada línea que escribe. No es un "pensador" y no soliloquiza, sino que escribe en forma de diálogo con su enemigo. Creíais, oh teóricos de la burguesía, haber alcanzado la cima del desarrollo al limpiar del espíritu del hombre los fetiches de las creencias en las divinidades que justificaban la autoridad de la clase a la que habéis sucedido, pero habéis erigido un fetiche nuevo y mucho más triste que derribaremos a su vez de vuestros altares -los bancos- y expulsaremos de vuestros templos -las bolsas de valores-.

Sin embargo, es precisamente esta última forma-dinero del mundo de las mercancías la que en realidad oculta, en lugar de revelar, el carácter social del trabajo privado y las relaciones sociales entre los productores individuales. (...) Las categorías de la economía burguesa consisten en formas semejantes. Son formas de pensamiento que expresan con validez social las condiciones y relaciones de un modo de producción definido e históricamente determinado, a saber, la producción de mercancías". Todo misticismo se disipa si nos referimos a otro tipo de distribución, la que no es de mercado.

Hemos pedido a Karl Marx que demuestre el carácter transitorio de las formas mercantiles y que confirme la tesis anexa: las formas mercantiles aparecieron en una determinada etapa de la historia, y es cuando hayan desaparecido cuando estaremos en la etapa comunista. Marx nos lleva entonces, en un abrir y cerrar de ojos, de Robinson Crusoe a la sociedad del futuro. Es nuestro método estándar y habitual: elaborar el análisis del desarrollo futuro con datos indiscutibles del pasado. Ojalá ellos -que habiendo leído sin leer, dicen que Marx se ciñó a la prudente ciencia de los hechos contemporáneos y dio una mera fotografía del capitalismo de su época- (el imbécil cachorro de 1952 sabe más de esto que Marx, por supuesto). Ojalá se limpiaran los párpados pringosos; ¡el comunismo realizado, lo encontrarán en las páginas 82-3 del tomo 1 de El Capital!

Como la economía es aficionada a las "robinsonadas", empecemos por ahí, decía Marx, Robinson tenía necesidades y las satisfacía con objetos que reunía: guardaba tinta, pluma y libro de contabilidad y hacía un inventario; pero... eso es todo. No llevaba una contabilidad

por partida doble, ni recibía o ingresaba dinero, pues a su alrededor no había mercancías de ningún tipo. Marx nos transporta de "la isla de Robinson bañada de luz a la Edad Media europea envuelta en tinieblas". Esta parte siguiente es para ustedes; los liquidadores de la culpa feudal para mayor gloria de la brillante civilización de neón de hoy. Ustedes, que sólo entienden que la luz viene de la luz y la oscuridad de la oscuridad; deum de deo, lumen de lumine. Por nuestra parte, reconocemos la necesidad del paso de la luz del primitivo y generoso comunismo primitivo, sin mercancías, a la sociedad sombría del feudalismo, y luego a la fétida cloaca de la civilización burguesa para pasar más allá. Para nosotros nada es un fetiche, ni siquiera el odio al capitalismo.

Por eso, en la Edad Media, las mercancías todavía no existen a gran escala: el privilegio de la clase dominante está constituido por pagos personales de trabajo abiertamente visibles. La forma social del trabajo es también su forma natural, es decir, la particularidad, y no como en la forma mercantil, la generalidad. Intentemos comprender esto. He volteado el lagar para ti y después de haberte estirado en algún sitio, te beberás un buen vaso. Esto es menos innoble que comprar en la taberna el líquido capitalista envenenado, que contiene agua y colorante, para aumentar el margen de beneficio.

Relaciones claras entonces en la tenebrosa Edad Media: ¡las mentiras del cura dominan! Pero "el diezmo que hay que dar al sacerdote es más inteligible que su bendición". El sucio truco de prestidigitación de representar las relaciones de esclavitud humana como una relación de igualdad entre cosas intercambiables, será el rasgo característico de la posterior época burguesa.

Pero, ¿puede existir una actividad humana apta para satisfacer las necesidades esenciales sin semejante engaño moderno, fuera del fetiche del mercado? Sí, dice Marx, y da ejemplos para tres épocas: el pasado, el presente y el futuro.

El pasado: Robinson, como figura totalmente abstracta utilizada a efectos de analogía no nos interesa. El hombre es la especie, no la persona: este ser bizarro, solitario y evidentemente estéril, sólo conoce los bienes de consumo y no el intercambio, y al no encontrarse en el Jardín del Edén y además de la desventaja de estar privado de Eva, se procura bienes útiles a través de su trabajo.

Nuestro ejemplo del pasado lo tomamos de las comunidades primitivas. Entre el "Manifiesto" y "El Capital", la investigación arqueológica práctica ha establecido que no sólo ciertos pueblos, sino cada uno de ellos, tuvieron su origen en organizaciones basadas en el trabajo de todos y la propiedad de nadie. Una organización en la que se encuentra: "el trabajo

en común o directamente asociado" en su "forma espontáneamente desarrollada que encontramos en el umbral de la historia de todas las razas civilizadas".

### **El presente: Del trabajo comunal**

"Tenemos un ejemplo muy cercano en las industrias patriarcales de una familia campesina, que produce maíz, ganado, hilo, lino y ropa para uso doméstico. Estos diferentes artículos son, en lo que respecta a la familia, otros tantos productos de su trabajo, pero en cuanto a ellos mismos, no son mercancías. Los diferentes tipos de trabajo (...) poseen un sistema de división del trabajo espontáneamente desarrollado. La distribución del trabajo dentro de la familia y la regulación del tiempo de trabajo de los distintos miembros dependen tanto de las diferencias de edad y sexo como de las condiciones naturales que varían con las estaciones".

En varias ocasiones hemos señalado que estas corrientes de organización autónoma existen no sólo en zonas atrasadas en las que el mercado mundial aún no ha penetrado, sino que existen todavía en los países burgueses: en 1914, una mujer calabresa, gran terrateniente, se jactaba de gastar un penique al año en agujas y no comprar nada más. Si no fuéramos dialécticos diríamos que nuestro ideal está contenido en tales corrientes. Pero, por el contrario, decimos que cuanto antes se los trague el círculo infernal del capital de mercado -ya sea en Calabria o en el Turquestán- tanto mejor.

### **El futuro**

"Imaginémonos, a modo de cambio, [el tono moderado empleado aquí para evitar afectaciones utópicas, ciega a las personas superficiales al hecho de que se trata del programa revolucionario] una comunidad de individuos libres, [para nosotros, en el plano histórico, libre equivale a no asalariado] que realizan su trabajo con los medios de producción en común, en la que la fuerza de trabajo de todos los diferentes individuos se aplica conscientemente como fuerza de trabajo combinada de la comunidad. (...) el producto total de nuestra comunidad es un producto social. Una parte sirve como medio de producción fresco y sigue siendo social. Pero otra parte es consumida por los miembros como medio de subsistencia. Por consiguiente, es necesaria una distribución de esta porción entre ellos [¡Toma nota! buscas la designación 'en partes iguales' pero no está] El modo de esta

distribución variará con la organización productiva de la comunidad, y el grado de desarrollo histórico alcanzado por los productores".

Para establecer mejor que este "estado de cosas" (nada más -oh críticos, oh vacuos- que el Comunismo; ¡ese Comunismo Imposible!) es la negación de la producción mercantil, Marx hace una comparación examinando una de las formas de dividir las cosas, es decir "la participación de cada productor individual en los medios de subsistencia está determinada por su tiempo de trabajo" (ésta sería la etapa inferior del comunismo, tal como Lenin la describió correctamente a partir de la crítica del Programa de Gotha, que en sí mismo era otro formidable martilleo de puntos fundamentales). Entonces, ¡muy bien! Aquí, dentro de la organización comunista, "las relaciones sociales de los productores individuales, tanto con respecto a su trabajo como a sus productos, son en este caso perfectamente simples e inteligibles, y ello no sólo con respecto a la producción sino también a la distribución".

La última parte del párrafo trata de las ideologías que reflejan necesariamente las tres etapas: la antigua economía premercantil, las economías mercantiles y las economías no mercantiles o socialistas.

Las antiguas religiones nacionales pertenecen a la primera etapa bárbara y semibárbara basada en condiciones de despotismo y esclavitud.

La sociedad del mercado universal encuentra una religión apropiada en el cristianismo, y sobre todo en su desarrollo burgués, la reforma.

Sólo en la tercera etapa, la comunista, la vida social se despoja del velo místico que oculta su aspecto social férreo. Sin embargo, como hemos señalado en otro lugar, hay un pero: "Esto, sin embargo, exige para la sociedad una cierta base material o conjunto de condiciones de existencia que, a su vez, son el producto espontáneo de un largo y penoso proceso de desarrollo".

Marx termina con una burla final, asimilando junto a supersticiones anteriores, el "autoconocimiento" idiota propio de la época burguesa.

Él eligió a Bailey, pero nosotros podríamos elegir a Einaudi. El científico capitalista habla así: "El valor (es decir, el valor de cambio) es una propiedad de las cosas. La riqueza (valor de uso) es una propiedad del hombre". Así, este sabio capitalista es capaz de deducir científicamente que las mercancías, y los ricos, existirán por los siglos de los siglos, amén, (pues por reductio ad absurdum, Todos serán ricos).

Nosotros, que con la revolución aboliremos las mercancías y a los ricos, demostraremos entretanto a esos supuestos sabios que, por el contrario, son las cosas las que tienen la propiedad de ser útiles a la humanidad, y que son sólo las personas y sus relaciones actuales

las que tienen la propiedad mercantil, de modo que el valor de cambio expresa un atributo de las personas: el de ser explotadoras o explotadas.

Cuanto más se ilustra y se actualiza con datos la opinión de la ciencia oficial, y cuanto más concluye que las relaciones capitalistas son insustituibles y "naturales", más la consideramos intrínsecamente ridícula. Su calibre es comparable a las imbecilidades que Shakespeare pone en boca de su ridículo personaje Dogberry: "ser un hombre bien dotado es sin duda el don de la fortuna, pero escribir y leer viene por naturaleza".

### Hoy

Siendo el asunto tan sencillo -pero la sencillez es difícil de conseguir, mientras que lo complejo está al alcance de cualquier vendedor ambulante de cultura-, hay quien viene a decir que hacen falta "nuevas fórmulas". ¿Por qué? Para dar cuenta de Rusia y del estorbo del edificio marxista, y del hecho de que allí, aunque los medios de producción ya no son privados, ¡existe sin embargo un capitalismo que no se diferencia ni un ápice del occidental! Toda la banda internacional de estalinistas proclama a voz en grito que allí se encuentra el socialismo en su forma completa. Y toda la no menos vasta banda capitalista proclama lo mismo: el comunismo existe allí; el comunismo no es otra cosa que la dictadura central y estatista sobre todas las riquezas y sobre todas las personas (para horror de los del maravilloso mundo libre).

Queridos buscadores de nuevas fórmulas, por qué no volvéis atrás y echáis un vistazo a las viejas fórmulas, pues me parece que en lugar de convenceros de que abráis un instituto de investigación avanzada, os convencerán de la necesidad de matricularos en una "escuela para zopencos".

Es posible que Demóstenes superara un tartamudeo innato y se convirtiera en un gran orador, a fuerza de llenarse la boca de guijarros: Pero somos más que sospechosos de los "cacaglios" del marxismo. Habrán comprendido que en dialecto napolitano "cacaglio" significa tartamudo. ¿Uso escandaloso del dialecto? Quizá lo fuera para Stalin, que negaba que la lengua nacional sea un producto transitorio de clase. Pero en muchos casos, el dialecto está en realidad más cerca del pensamiento de la clase dominada. Dante fortaleció la revolución en la medida en que los burgueses oponían la lengua vernácula toscana al latín de los nobles y los prelados. En Rusia, los aristócratas murmuraban en francés, mientras que los revolucionarios proletarios exponían sus ideas en alemán. Stalin, al ignorar ambas lenguas,

expresó bien el hecho de que una de las características en la formación del poder burgués es la exaltación de la lengua nacional.

Uno no debe dudar en clasificar a Rusia en uno de estos tres estadios: premercantil, mercantil o socialista. En la época de Engels, el primer estadio era aún manifiestamente evidente, no sólo en los principados asiáticos, sino también en el aire - la comunidad rural de la Rusia europea, ¿Era posible entonces injertar este comunismo de islotes exclusivos, primitivo y rudimentario, en el comunismo de una sociedad moderna bien equipada? Engels, que fue un gran y sabio diplomático de la revolución, recordaba al presentar el "Manifiesto" a los rusos, que Marx había predicho en 1862 que era un posible punto de partida si la revolución antifeudal rusa señalaba la revolución proletaria en Occidente. Si eso no ocurría, o si la señal era insuficiente, Rusia tendría que pasar por la fase mercantil; esto es lo que está haciendo en este momento. De hecho, el colapso del tejido del feudalismo zarista provocó el siguiente resultado: el engullimiento de todas las pequeñas islas cerradas de Europa del Este y Asia -gracias a una industrialización acelerada de los territorios atrasados- en la marea irresistible del sistema mercantil.

¿Y el resultado revolucionario? Marx y Engels siempre habían pensado que un segundo 1848, ya no burgués sino proletario, no podría ser victorioso mientras existiera en Rusia un poderoso ejército feudal. A partir de 1917, esta condición contrarrevolucionaria desaparece.

Como ellos, consideramos que para poder transformar la revolución antifeudal en revolución proletaria en Rusia (línea de Lenin), la condición indispensable es una victoria revolucionaria en Europa.

En 1952, Rusia no ha construido el socialismo, sino el capitalismo, como lo construyeron Alemania, Austria e Italia después de 1846.

Hoy, Inglaterra, Estados Unidos, Francia y los demás países industriales ya no construyen capitalismo nacional, sino que protegen el capitalismo mundial. Sus respectivas maquinarias estatales trabajan únicamente en dirección contrarrevolucionaria, con sus arsenales apuntando únicamente contra el futuro, ni siquiera en parte contra el pasado y en parte contra el futuro.

No nos extenderemos más aquí sobre la cuestión del carácter mercantil de la organización económica, sino que examinaremos más detalladamente cómo se disolvieron los puntos aislados dentro del océano del comercio general, explicando la conclusión histórica que hay que sacar del hecho de que en determinados países el proceso sigue teniendo lugar, mientras que en el territorio de otros "ya no hay islas económicas". Y demostraremos además que esta distinción se encuentra en las páginas de Marx, situadas donde desarrolla la historia del paso

del trabajo fragmentado al trabajo asociado, que constituye la base necesaria de la revolución proletaria y de la organización social comunista.

Se ha anunciado que dentro de dos o tres años Rusia podrá intercambiar con otros países mercancías por un valor anual de 40.000 millones de rublos, es decir, 10 millones de dólares o 6.300 millones de liras.

La propaganda occidental nos quiere hacer creer que todo esto no es más que un gran engaño, y que estos 40.000 millones se gastarán con el único objetivo de impresionar a los electores de más allá, para conseguir que elijan a un alcalde Cominformista.

Nos gustaría que los magnates de la economía occidental nos explicasen cómo es posible que los capitanes de la industria que han puesto rumbo a Moscú se hayan convertido, no en los románticos pretendientes de Unità, sino en pretendientes de Potemkin (1), es decir, en meros asalariados.

Seguramente valdría más la pena que discutieran otros fenómenos como la decisión estalinista de Truman de requisar la industria siderúrgica y fijar precios y salarios por edicto estatal -dado que sigue existiendo un claro margen de 16 \$ por tonelada, o quizás el fenómeno de la fundación por los capitalistas de una Institución financiera internacional para el desarrollo económico con el objetivo de resistir la intervención de los gobiernos en sus negocios.

El desarrollo actual del capitalismo hacia el beneficio no es ninguna sorpresa para la doctrina marxista, y esto está claro: no hay ni un ápice de Socialismo en este desarrollo, como lo demuestra el hecho de que para la economía burguesa -la economía diametralmente opuesta- esta política dirigida es el "Socialismo" por excelencia. Para Vilfredo Pareto, por ejemplo, el Socialismo no significa lo mismo que para nosotros, es decir, organización sin mercado y sin "la empresa"; más bien al contrario, se entiende como intervención arbitraria de elementos morales y jurídicos dentro del hecho económico natural.

(El marxismo, por el contrario, mantiene el punto de vista opuesto, es decir, la intervención de la realidad económica en la configuración del artificio jurídico y moral). En cualquier caso, al menos Pareto es coherente cuando declara: los sistemas socialistas, (tal como él los ve) no son diferentes de los diversos sistemas proteccionistas. Estos últimos, añade, representan propiamente el Socialismo de los empresarios y de los capitalistas. Este Socialismo, previsto por Pareto, hace más de medio siglo, se lo dejaremos de buen grado a Truman y Stalin. Nunca como hoy ha sido tan evidente que el Socialismo soviético es el Socialismo de los capitanes de industria. ¿Pero en Rusia no se han suprimido éstos? Pues bien, ¡ahora los están importando!

En magnitud, 6300 mil millones de liras es el doble de las importaciones de Gran Bretaña, seis veces las de Italia e igual a las de América. Equivale al trabajo anual de 26 millones de obreros; de probablemente todos o casi todos los obreros rusos ya incorporados a la producción distinta de la de las exclusivas islitas, pero ciertamente del trabajo de toda la población de un país desarrollado con la mitad de la población de la actual U.R.S.S. Si la mitad del esfuerzo laboral de este pueblo -excluyendo el gastado en el consumo de tipo asiático pre-mercantil- tiene un precio en el mercado mundial equivalente al producido por los países capitalistas, no hacen falta realmente otras cifras para que definamos la economía rusa como capitalista. Además, ¿por qué dudar de que está inmersa en un mercantilismo en toda regla cuando la proyección ideológica consiste en la dominación total de la religiosidad popular fomentada y utilizada por el poder público?

Con el diálogo de intercambio entre la mercancía rusa y el dólar que la paga, y entre la mercancía americana y el rublo que la paga, apenas necesitamos desentrañar su "carácter fetichista". Los objetos no pueden hablar, las mercancías no pueden hablar, pero allí donde se produce cualquier tipo de mercancía, la relación es, en realidad, la relación de la explotación de los asalariados.

No hay nada que indique que en este momento el intercambio no sea una realidad palpable y abierta. El intercambio funcionó durante la guerra entre 1941 y 1945 bajo diversas formas, como armas y municiones del oeste para el esfuerzo industrial y "militar" y el trabajo del este. Hoy las respectivas industrias intensifican la acumulación de capital que es un hecho social incluso en el régimen burgués, ya sea con el objetivo de armarse para una guerra imperialista (con Truman invocando razones de defensa nacional para la requisita de empresas y la militarización de huelguistas) o con el objetivo de la satisfacción mercantil derivada del intercambio internacional.

Si se quiere decir algo nuevo sobre Rusia, es más que inútil saber que en la mesa de Stalin se servía caviar y a los obreros un paté de mijo. Esto podría ser compatible con una etapa inferior del comunismo. En la etapa superior daremos caviar a todos... y el mijo a los alumnos recalcitrantes que tienen un prurito incurable de jugar a ser maestros.

Por nuestra parte, nos interesa preguntarnos si teniendo rublos en el bolsillo podemos tener caviar o mijo, y si, una vez resuelto el cambio, podemos hacer lo mismo con dólares o liras.

Después de esto, para nosotros la cualidad fétiche del caviar o del mijo ya no tiene secretos, como tampoco los tiene el carácter supremamente estúpido de la jerga más reciente.

Fuente de la traducción:

**BARBARIA**  
COMUNISTAS CONTRA LA MERCANCÍA Y EL ESTADO

<https://barbaria.net>

Texto incluido en Marxists Internet Archive el 26 de agosto de 2023

<https://www.marxists.org/espanol/bordiga/index.htm>

